



EL RACISTA

MARTÍN
BALAREZO GARCÍA

El protagonista de esta novela durante su niñez estuvo influenciado por el racismo de su padre y por una sociedad también racista, donde los paganos son quienes más tienen de una herencia ancestral que debe ser respetada.



En este ameno relato de principio a fin se describen algunas situaciones dramáticas y otras jocosas y divertidas, pero todas giran en torno a este pequeño racista que va creciendo y que las circunstancias y su propia cavilación le permiten concluir que el racismo aleja al ser humano de su evolución.

Acompañe a este niño a descubrir su despertar a la adolescencia; sea partícipe de lo que va sintiendo al darse cuenta de que estuvo mal influenciado y de que hay maneras de lograr que prevalezca la sensatez en un mundo que no es tan sensato.

Como en toda novela, la ficción y la creatividad literaria le dan forma, aunque está basada en algunas experiencias del autor y en el tema del racismo en su país que siempre le llamó la atención, entre otros que también aborda durante el relato.

En esta novela corta, Martín Balarezo García narra la historia de un niño racista que va madurando no solo al ir creciendo, sino también por sus enriquecedoras y dilemáticas vivencias.



MARTÍN BALAREZO GARCÍA

EL RACISTA



MartinBalarezoGarcia.com

Facebook: Martín Balarezo García

Instagram: MartinBalarezoGarcia

Twitter: MartinBalarezoG

Martín Balarezo García
CreateSpace Independent Publishing Platform

El racista

Cubierta: fotografía de bordado artesanal peruano por
Martín Balarezo García

Contracubierta: fotografía de Martín Balarezo García por
Marco Balarezo Bachmann

Copia registrada © 2011 por

Martín Balarezo García

Derechos de autor reservados

Segunda edición: Junio de 2017

Centreville, Virginia

Library of Congress Control Number: 2017936461

ISBN: 978-1-5441-9796-8

Impreso en los Estados Unidos de América

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en/o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

DEDICATORIA

*A los cholos de nuestros países latinoamericanos
que llevan a flor de piel un legado ancestral
invaluable, y a quienes alguna vez nos dieron una
lección a los que tenemos menos pinta de serlo.*

AGRADECIMIENTOS

Agradezco muy especialmente a mis queridos padres, Genaro y Carmen Rosa, por sus sabias enseñanzas; a mis queridos familiares, amigos y lectores que no cesan de apoyarme; a mi querido Perú, un país de múltiples facetas, capaz de inspirar de una manera tan especial a artistas, escritores y músicos a poner sobre el tapete temas de alcance universal, algunos alentadores y otros controvertidos; y a los barrios y colegios, y su linda gente, que también me inspiraron, aunque se trate de una obra de ficción basada en algunas de mis experiencias.

DATOS BIOGRÁFICOS DEL AUTOR

Martín Balarezo García nació en la ciudad de Lima, Perú, el 8 de enero de 1961. Actualmente reside en el condado de Fairfax, del estado de Virginia, en los Estados Unidos de América.

Su primera obra, *Reflexiones trascendentales*, fue auspiciada en 1989 por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología del Perú, donde presenta numerosos ensayos de contenido filosófico, social y científico y más de 300 reflexiones cortas.

En 1991 fue invitado como expositor a la VII Convención de Instituciones Peruanas realizada en Washington, D.C. con el tema *Causas y efectos de la emigración peruana*.

En 1994 publicó la novela *Sueños de un ilegal*, donde narra las aventuras de un escritor peruano que decidió emigrar a Estados Unidos al ser acusado por los guerrilleros terroristas de su país.

Su cuento *Una ventana hacia el gran imperio*, donde relata las aventuras de dos pequeños hermanos que llegan a contactarse misteriosamente con un imperio incaico evolucionado, fue

seleccionado entre las mejores narraciones en el concurso convocado en 1998 por el Instituto de Cultura Peruana de Miami.

Su guion cinematográfico *Mortal Genesis (Génesis mortal)*, acerca de una organización neonazi internacional que ha desarrollado un virus con intenciones de controlar el mundo, fue seleccionado en 2003 a cuartos de final en el importante concurso de Hollywood organizado por *The Writers Network*, y fue publicado en 2017.

Su novela *El sendero de las guerrillas*, en la cual narra sucesos que van más allá de los inicios de la subversión de Sendero Luminoso y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru en el Perú, quedó finalista en 2009 en el Premio de Novela Diario El Comercio de Perú. En 2013 fue publicada, y en 2015 resultó ganadora del Premio a la Mejor Novela de Aventura o Drama (*Best Novel - Adventure or Drama – Spanish*) en el *International Latino Book Awards* de los Estados Unidos.

En 2013 publicó la novela corta *El racista*, donde aborda el tema del racismo en el Perú.

En 2015 publicó su libro *Relatos sin fronteras de la A a la Z*, donde narra cien historias interesantes, de 350 palabras cada una, sobre diversos temas que le atañen a la humanidad en su conjunto, desde el amor hasta la paz, dejando en todas ellas mensajes profundos que invitan a los lectores a reflexionar. En 2016 obtuvo el segundo lugar en la categoría Libro de Ficción Más Inspirador (*Most Inspirational Fiction Book – Spanish or Bilingual*) en el *International Latino Book Awards* de los Estados Unidos.

Constantemente está publicando sus reflexiones cortas en las redes sociales más importantes, incluyendo Facebook, Instagram y Twitter, las cuales están generando un interés creciente en sus lectores y seguidores.

ÍNDICE

| | | |
|-------|--|---------|
| | Página legal | 4 |
| | Dedicatoria | 5 |
| | Agradecimientos..... | 7 |
| | Datos biográficos del autor | 9 |
| | Introducción | 15 |
| I. | Sus cuatro mundos | 21 |
| II. | La escuelita de los monos y Cebolla | 33 |
| III. | Entre cholos y chulas..... | 47 |
| IV. | Las inalcanzables..... | 59 |
| V. | Su primera hembra..... | 71 |
| VI. | El ocaso y la dama de la pollera..... | 85 |
| VII. | Amigos y “amigos” | 99 |
| VIII. | ¡Que viva el amor y al diablo con las estupideces!..... | 115 |
| | Otros libros del autor..... | 129 |
| | Reflexiones..... | 19, 127 |

INTRODUCCIÓN

El racismo no es tan antiguo como la humanidad, pero, paradójicamente, se ha desarrollado en la medida en que hemos “evolucionado”. Es un fenómeno social que se arraiga en nuestras sociedades como la pobreza y la ignorancia, y es la base de un absurdo odio que debería ser desarraigado de nuestros pensamientos intolerantes.

Decidí escribir esta novela corta porque fui testigo, desde mi infancia, de sus tentáculos feroces que me alcanzaron a una edad muy temprana. Ser un blanquito de piel delicada y ojos verdes, o un robusto moreno de ojos negros, o un mestizo de piel cobriza y ojos marrones, o un oriental de ojos rasgados tampoco debería ser una barrera para el entendimiento, las oportunidades y la convivencia. Aquí relato una historia de ficción entremezclada con hechos que definieron algunos de mis principios que nacieron para quedarse.

Podía haber escogido un exótico escenario para desarrollar la trama, pero qué mejor que mi país sudamericano para mostrar a lectores de todas las

latitudes que aún en los países latinoamericanos existe discriminación racial, y que muchas veces desconoce de rangos sociales, económicos o culturales.

Aunque no lo menciono en la novela, he centrado su escenario principal en San Eugenio, el barrio del distrito limeño de Lince donde tuve la suerte de crecer; suerte porque en él no solamente conocí a mis grandes amigos de la niñez y la adolescencia, sino porque me abrió las puertas a un universo donde descubrí los cuatro mundos que describo aquí. Como en toda novela, comprenderán que los hechos, los personajes y las descripciones no son fiel reflejo de la realidad, pero mi querido barrio ha sido fuente succulenta para varios de los capítulos. Tampoco podían faltar los escenarios del barrio de Miraflores, donde por una u otra razón también me movía a mis anchas. Y menos estarían ausentes las gratas experiencias que surgieron de mi paso por el colegio parroquial Santa Rosa de Lima, en Lince, donde estudié mis primeros cuatro años de la educación primaria, y el inolvidable colegio laico Hans Christian Andersen, en Monterrico, Santiago

de Surco, donde culminé la primaria y me gradué de la secundaria en el año 1977.

En cierta oportunidad, le pedí a un ciudadano estadounidense que nos tomara a un amigo y a mí una fotografía para el recuerdo, mientras sosteníamos un ejemplar de prueba de este libro que le obsequié a su madre, quien cumplía años ese día. Como la palabra racista es similar en inglés, me preguntó rápidamente sobre qué trataba la novela. Luego de mi breve explicación, el estadounidense lanzó, asombrado, una pregunta acuciosa al enterarse de que en nuestros países existía el racismo, seguramente acostumbrado a asociarlo como un fenómeno de su nación norteamericana.

Espero que no solamente disfruten de la lectura, que estará llena de sucesos interesantes, algunos dramáticos y otros hasta divertidos, sino que también sea motivo para reflexionar sobre este tema que deseo se convierta en material didáctico para los textos de historia en el futuro. Si al evolucionar fuimos capaces de desarrollar este estigma mental pernicioso, al seguir evolucionando seremos capaces de vencerlo.

«Lo más curioso de la estupidez es que solamente se manifiesta en los seres humanos».

Martín Balarezo García

CAPÍTULO I
SUS CUATRO MUNDOS

«¿Cómo es posible amar a mi país, si detesto a su gente?». Es una pregunta que se ha hecho muchas veces y muchas veces ha tratado de responderla. Todo empezó con un recuerdo vago de su primera infancia y no debería tenerlo. Poco antes de cumplir cuatro años estuvo a punto de perder un dedo debido a un instante de ofuscamiento, insensatez y nerviosismo del ama que cuidaba de él. Fue el último día que vio a esa empleada de rasgos indígenas que siempre vestía de blanco. Después desfilaría una sucesión de más empleadas domésticas, pero ninguna otra llevaría vestidos níveos y ninguna otra volvería a cuidarlo, ni tampoco al escuadrón de hermanos, todos varones, que la cigüeña traería sin falta cada año, durante los cinco siguientes al de su nacimiento. Después de aquel

sanguinario y traumático suceso, no para él sino para su madre, tanto ella como su padre se encargarían exclusivamente de esa tarea extenuante, aunque también placentera, que tuvo un principio y cuyo final no se podía vislumbrar.

Pero sí recordaba su primer beso con una claridad asombrosa. Acababa de cumplir cuatro años cuando el embobamiento tocó la puerta de su precocidad. No sabe cómo empezó, de pronto acercó sus labios vírgenes a los labios indefensos de su vecinita de rasgos orientales que tenía la misma edad. Unas enormes cortinas los protegían de las intromisiones hasta que fueron sorprendidos por la hermana mayor de su vecinita, a quien rogó durante horas para que no delatara su espantoso acto de impuridad.

Su madre era complaciente y compasiva con los inmigrantes provincianos que buscaban un mejor porvenir en la capital; por el contrario, su padre los detestaba con toda el alma, y el día de aquel infausto accidente graduó su odio con los más altos honores. Al echarla de la casa, su madre seguramente le había salvado la vida a esa pobre serrana

de dulces sentimientos, que había sido bien recomendaba y que apenas chapurreaba el español. Pero su padre no despotricaba de todos, se había ensañado con los mestizos de rasgos indígenas o con los descendientes más puros de las razas que habían predominado antes de la ominosa conquista española. Tenía amigos de razas variopintas y no se podía llevar mejor con ellos.

El racismo de su padre resultaba incomprendible. Él era un mestizo acriollado de rostro europeizado, pero la pureza de su raza se había quedado en el antiguo continente, si es que alguna vez había sido pura. Su madre más bien parecía una turista andaluza de encantadores ojos verdes. Sus vástagos eran una mezcolanza formada por un trío de blanquitos de ojos verdes y otro de trigueños de ojos pardos...; él era uno de los blanquitos. La influencia de su padre los estaba alcanzando y era más poderosa que la benevolencia de su preocupada madre. Desde pequeños fueron bombardeados con sus pensamientos que no quedaban en el silencio de su mente, sino que explotaban en su grueso vozarrón intimidante: «¡Carajo, estos cholos

de mierda no sirven para nada!». «¡Nos han invadido para jodernos la vida!». Su madre a veces intervenía con la debilidad de costumbre: «No hables así delante de los chicos». «Qué van a decir los vecinos». «Te va a escuchar la pobre muchacha». Pero él seguía con sus incansables diatribas cotidianas: «¡Deberían regresar por donde vinieron!». «¡Haría un forado enorme y les lanzaría una bomba atómica!». «¡O los arrojaría dentro de un volcán en plena erupción!». Pero esos comentarios colmaron la paciencia de su madre: «¡Debí haberles hecho caso a mis padres!». «¡Ya me estoy arrepintiendo de haberme casado contigo!». «¡De haber sabido que eras racista, ni siquiera me hubiera fijado en ti!». Felizmente que no lo supo, o les hubiera privado de la existencia al sexteto de hermanos. «Ya mujer, cálmate, te prometo que voy a cambiar»; tardó mucho en hacerlo, pero se medía al hablar. «¡Más te vale, o nos divorciaremos!»; aunque nunca lo hicieron, el fogonazo que embarazó a su madre seis veces decayó a un chispazo cada vez más difícil de encender. Pero el mal ya estaba hecho. Sus hermanos y él aprendieron a

despreciar a los cholos, a sus hábitos y sus costumbres, a sus ojotas y sus polleras, a sus chullos y sus sombreros, a sus cabellos pegoteados y sus largas trenzas, a su melancolía crónica y sus huaynos tristes. Se habían convertido en pequeños racistas y muy pronto engrosarían las filas de una virulenta minoría, de una élite de seres “superiores” que no saben dónde están parados ni sentados ni echados en el país de todas las sangres.

Sigue con sus recuerdos. Poco a poco se ha dado cuenta de las diferentes clases sociales que lo envuelven y confunden; cuatro mundos que jalan de él como si quisieran descuartizarlo, y no tiene, ni remotamente, la resistencia de Túpac Amaru II. Dos de ellos, los mundos de sus padres, siempre fueron, son y serán antagónicos. Su madre estuvo rodeada de opulencia desde que fue concebida; por una u otra razón todos los miembros de su familia eran ricos o estaban en camino de serlo. En cambio, en el mundo de su padre ninguno lo era, y el sendero que podía llevarlos a ese estado fajado de billetes estaba saturado de baches y precipicios. En el mundo de ella, se dependía mucho de los

apellidos y las vinculaciones; en el de él, del sacrificio y el esfuerzo para no sucumbir al conformismo.

El tercero de esos mundos no está muy lejos de su entorno y lo ha notado infinidad de veces, pero aún no lo ha sufrido y espera nunca ser barrido por sus carencias. Es el mundo de la mayoría, el mundo de la pobreza, de la indigencia, de la miseria cultural —la más perniciosa de las miserias—, de los olvidados, de los eternos aspirantes. Una especie de coraza invisible los protege de sus arrebatos; saben de su existencia, pero poco o nada hacen para que desaparezca, como si sus privilegios, aunque sean muchos o escasos, dependieran de la perpetuidad de sus miserias. Tres mundos claros, reconocidos y expuestos; tres clases clasificadas, determinadas y aceptadas: alta, media y baja, estrujadas por subclases que también suelen enfrentarse.

Pero había un cuarto mundo asolapado, inclusivo, convenido, sigiloso: el mundo de los acoplados, conformado por aspirantes de las tres clases, sin distinciones de razas, quienes pretendían

alcanzar las esferas siguientes a toda costa, quienes escalaban hacia sus objetivos con apoyo o sin él. Ahí revoloteaban sus empleadas domésticas y una infinidad de seres humanos en busca de alguna oportunidad, de algún compadrazgo, de algún embarazo, de alguna codeada codiciable.

Los seis hijos de la pareja desapareja eran aceptados por los cuatro mundos. Disfrutaban a rabiar de los lujos del primer mundo, de la querida familia que estaba dispuesta a colmarlos de engreimientos —sin importar que hubieran nacido de una relación que nunca aprobaron y que nunca aprobarían—, de sus enormes casas de catorce dormitorios, ocho baños y piscina, donde trabajaban, por una miseria no tan miserable, empleadas domésticas siempre disfrazadas de fantasmas, y mayordomos y choferes bien pagados, bien acoplados y extremadamente pulcros. Y disfrutaban también de sus fastuosas haciendas, donde no existían las carencias y sobraban los abundantes desayunos, almuerzos, cenas y fiestas de todo tipo, los mansos caballos, el ganado vacuno, los galpones de pollos, los mejores piscos y vinos, las inmensas playas

privadas, innumerables campesinos afables y otros acoplados dispuestos a complacer a toda costa a sus amos..., perdón, a sus jefes.

En el segundo mundo también se sentían como en casa, siempre eran recibidos con el amor de una sonrisa sincera y un abrazo que llevaba la potencia de un cariño ilimitado, y nunca faltaba un lonche de pan francés con mortadela y una taza del té más dulce y sabroso. Ahí respiraban el aroma de la sencillez y los cobijaba el confort de un mundo sin protocolos ni perfumes costosos, sin autos lujosos y muchas veces ni siquiera destartalados.

Su primer mundo y su segundo mundo nunca se encontraban, se rechazaban como si estuvieran infectados de una enfermedad contagiosa y mortal, como si la peste negra hubiera alcanzado al enemigo a quien no debían enfrentar, como si el virus del sida se transmitiera a través de la mirada o la respiración. El único enfrentamiento pacífico del que tenía razón se materializó cuando sus padres contrajeron nupcias en un matrimonio civil colmado de infelicidad, resignación o incomodidad. En una antigua fotografía solamente brilla con luz

propia la sincera felicidad de su madre, gozando de su triunfo en el amor, del hombre a quien ama y del embarazo que propició su matrimonio... En su vientre se movía a sus anchas, como lo haría siempre.

Su tercer mundo era un mundo visual, noticioso, televisivo, alejado de su realidad, con el que se topaba y seguía topándose de vez en cuando, al ir a las haciendas, al visitar el centro de la ciudad, al seguir descubriendo a los pobres niños que se sacan la mugre para alimentarse de terokal o para alimentar a sus explotadores, al ver los cerros poblados de indigentes y condiciones de vida infra-humanas, o al descubrir alguna nota de aquellos pueblos olvidados cuya existencia se asemeja a un campo de terrezuela que nadie quiere labrar.

En su cuarto mundo fulguraban figurillas de porcelana disfrazadas de seres humanos, tan frágiles como sus aspiraciones, pero también poderosos guerreros en busca de batallas por ganar. El mundo de los acoplados estaba inmerso en los otros tres; los acoplados provenían de alguno de ellos, pero no pertenecían a ninguno; destellaban como

estrellas fugaces que ansiaban brillar eternamente en el firmamento de sus deseos. Los acoplados eran respetados en el mundo de los pobres, aceptados en la clase media y considerados una plaga a la que había que destruir en el mundo de los privilegiados, a menos que provinieran de su propio mundo. Los más débiles volvían a ser succionados por la vorá-gine de sus orígenes, pero los más osados eran capaces de alcanzar lo imposible, aun a sabiendas de que para muchos de ellos ningún poder obtenido sería capaz de desarraigarlos de su acoplamiento forzado. Pero para pocos, la gloria sería el gran premio al esfuerzo denodado, la cima elegida sería coronada, sin importar qué tan lejos o qué tan cerca hayan estado de ella.

Él se ha dado cuenta de que sus recuerdos tocan constantemente la puerta de su presente. Sus cuatro mundos siguen tratando de descuartizarlo, de llevarlo cada uno por su lado, como si imploraran que se quedara en alguno de ellos, o suplicando para que haga algo para nivelar una balanza imposible de ser nivelada.

CAPÍTULO II
LA ESCUELITA DE LOS MONOS
Y CEBOLLA

Un día más de vacaciones, de no ir al colegio — y no porque no le gustara, sino porque no tiene que levantarse temprano y lidiar contra las mañanas—; un día más de partidos de fulbito o de bata, de montar bicicleta —hasta que se la roben—, de jugar canga, de lanzar canicas y trompos, de ver a las chicas grandes pasar, de fastidiar a las más chiquillas, a las hermanas de sus amigos; un día más de peleas con sus hermanos, de tomar desayuno, almorzar o cenar a cualquier hora; un día más para jugar a la pega o las escondidas, de tocar timbres y escapar corriendo, de ir a trepar a La escuelita de los monos; un día más de sol, de ir a la playa, de tomar agua de la manguera, de ver a los locos deambular por el barrio, de ir al mercado a tomar jugo de frutas, de ir al cine del barrio; un día más

de ver a su padre regresar del trabajo, de ver a su madre cocinar y sufrir tratando de mantener la calma en un hogar de seis hijos, de corretear con los perros, de corretear a los gatos, de ver televisión en blanco y negro —aunque fueran las telenovelas Nino o Natacha—; un día más para devorar cuentos y enciclopedias, para jugar ping-pong y fulbito de mano —pero en su casa, convertida en el club del barrio, en el refugio de los amigos—. *«Un día más para jorobar a las empleadas, para reventarles globos de agua a las cholos o doctorarlas de fantasmas con el talco de las matacholas durante el carnaval y, sobre todo, un día más para joder a los cholos hasta el cansancio»*, alimentaba su racismo.

Sus hermanos se han quedado en casa, pero él sale a buscar a los amigos, lo sigue Roll, su pequeño y chusco perro negro con dentadura vampiresca: él es de otra clase, se siente el rey de los perros del barrio y no lo es, es el único capaz de enfrentarse al verdadero emperador canino —un enorme pastor alemán al que todos temen y respetan, sean perros o gatos, hombres, mujeres o

niños—. Roll lo husmea sin temor, se para sobre su lomo y le gruñe con desparpajo, lo desafía de manera incomprensible, pero el pastor alemán no le presta atención, lo desprecia como si una simple mosca estuviera molestándolo. Cuando se aleja, su perro también sigue su camino, orinando en cada árbol, en cada arbusto, marcando el territorio del cual se siente dueño. Al cruzar el parque de toda la vida, por fin su mirada precisa enfoca a La escuelita de los monos, el mejor árbol del barrio para trepar, sus ramas lo llaman, lo invitan a subirse a ellas, a los nueve años de edad es uno de sus mayores placeres; tiene suerte, ha llegado temprano, solamente un amigo está sobre él, se alegra al verlo, no tarda en treparse y disfrutar de su encantamiento. Roll lo mira, le muestra sus dientes draconinos, huele el árbol, no lo orina, sabe que no le pertenece. Al frente de La escuelita de los monos están construyendo una casa, es muy grande, va a ser la mejor casa del barrio, pero nadie sabe quién vendrá a vivir a ella... *«Solamente veo cholos construyéndola, también hay gente bien vestida, dando órdenes, pero no deben ser los dueños..., también*

son cholos», expresa la parte más débil de su “superioridad”.

Las vacaciones se están yendo volando, y sigue disfrutando de ellas, pero sobre todo de La escolita de los monos. A veces son tantos sobre el árbol que les cuesta encontrar un espacio, pero es fuerte, tan robusto que nunca se vendría abajo. Pero tienen reglas...; no, tienen una sola regla: ningún cholo puede subirse a La escolita de los monos. Los cholos que a veces atraviesan sus fronteras lo saben y temen enfrentarse a ellos, les temen tanto como el odio que les profesan, pero no es mayor al odio que ellos sienten, ese odio es insuperable, después de todo son “superiores” a aquellos; ellos serán blancos o mestizos, negros o amarillos, católicos, judíos o mormones, pero aquellos son solo cholos.

La casa está terminada, es demasiado grande y bonita para haber sido construida a una cuadra de callejones de un solo caño, pero no tanto como las mansiones con acondicionadores de aire y piscinas que hay a pocas cuerdas, pero en sentido contrario (su barrio es como un universo independiente entre

la nada y el todo). Un camión descarga los lujos que la van a llenar, pero algo no está bien..., solamente ven cholos bien vestidos y cholas sin polleras. Cuando el camión se esfuma, de la azotea de la nueva casa surge de pronto una cabeza de cabellos azabache, solo la cabeza asoma, como si el individuo que hay debajo de ella fuera un submarino humano tratando de poner en la superficie el periscopio de su mirada. En unos instantes la cabeza desaparece, pero poco después la puerta principal es abierta con cautela, y con la misma cautela se descubre una extraña figura humanoide, un poco mayor que ellos, comparable a una criatura sibilina de alguna película de ciencia-ficción.

—¡Putá! ¡¿Qué es eso?! —se asusta uno de sus amigos con quien comparte la misma rama en La escuelita de los monos.

—¡Tiene una cebolla en la cabeza! —le responde anonadado.

Tan pronto termina de exclamar su sorpresa, Roll sale disparado como si hubiera descubierto a su peor enemigo, pero no está solo, desde todos los rincones del barrio surge intempestivamente una

jauría azuzada por la reacción química del extraño sujeto que solamente los animales pueden detectar, una jauría desbocada cuya finalidad es atacar y destruir al enemigo común. Poco faltó para que al intruso con cabeza de cebolla lo desgajaran a punta de mordiscos. Pero no se trataba de un intruso, sino de un nuevo vecino a quien su vecindario putativo le estaba dando una pulguinta y escandalosa bienvenida.

Los perros y la gente del barrio poco a poco se fueron acostumbrando a Cebolla, la única cebolla masculina del planeta, a su extraño comportamiento, al misterioso olor que exacerbaba los ánimos caninos y erizaba a los gatos donde fuera que iba, a la forma cebolluda de su cráneo y de su corte de cabello, al hecho de ser muy amarillento y tan lampiño que les parecía raro que tuviera pelos en la cabeza. Era bastante alto y corpulento para su presunta edad, y nadie sabía nada de él. Cuando andaban trepados en La escuelita de los monos, podían ver en su mirada recelosa un clamor angustioso en busca de amigos... Nadie lo aceptaba, nadie le daba la oportunidad que clamaba, y ellos

no estaban dispuestos a dejarlo trepar a La escuelita de los monos.

Todos rajaban de él a sus espaldas, todavía no tenían confianza para vapulearlo directamente; después de todo, su cara triste les daba pena. Un día, mientras ellos jugaban fulbito en el parque, Cebolla se acercó sigilosamente, tanteando la situación, sin hacerle caso a los gruñidos de los perros. Cuando cayó la pelota cerca de él, se apresuró a alcanzarla y a devolverla sin modificar su semblante cetrino. «¿Quieres jugar? Nos falta una punta», le dijo el pequeño racista, mostrando un indicio de su posible evolución..., o rompiendo el hielo para batirlo a discreción. Nunca antes había visto a una cebolla sonreír y nadie se opuso a su atrevida e insensata sugerencia, aunque tuvo que soportar el lanzamiento inmisericorde de las miradas fulminantes de sus amigos y hermanos. Desde aquel día siempre jugaba con ellos, y paulatinamente tuvieron la confianza necesaria para batirlo a su antojo. Era un cholo feliz que no se defendía de las batidas, ni iba a sus fiestas, ni tenía acceso a sus amigas y de ninguna manera podía

trepar a La escuelita de los monos, ni aunque lo pidiera.

Cebolla era un acoplado, al igual que su familia. Su padre era el dueño de varios puestos de abarrotes en el mercado central de la capital y con su pequeña fortuna se acopló en ese barrio de clase media. Cebolla se acostaba al anochecer y al amanecer ya estaba trabajando en el negocio de su familia, y apenas estaba aprendiendo a ser un adolescente en el nuevo mundo al que se había acoplado. Un día se le prendió el enorme foco de su cerebro y organizó una fiesta pomposa en el gigantesco garaje de su lujosa casa fuera de lugar. Se atrevió a invitar a sus compañeros de fulbito y a sus amigas también. No prosperaron los intentos de sabotearla: «¡De ninguna manera van a juntarse con esos igualados!», sonó una vez más el vozarrón discriminatorio del padre del pequeño racista. «¿Todavía estás pensando divorciarte de mí?», trató de hacerle cambiar de parecer la dulce voz de su madre. «Está bien, pero no regresen muy tarde», se dejó convencer su padre. Conoció a su familia... No sabía que los cholos eran amables, pero igual

sentía su inferioridad, aunque tuvieran todo el dinero del mundo no estaban ni remotamente a su “altura”. Muy pronto, las fiestas en el garaje de Cebolla se volvieron famosas e imperdibles, pero él seguía siendo segregado, ellos nunca lo invitaban a las suyas. Eso parecía tenerlo sin cuidado, su esperanza de ser algún día aceptado era más fuerte que la decepción de no ser admitido en ese nuevo mundo.

La paciencia de Cebolla era inconmensurable. Con el correr del tiempo fue introduciendo al barrio a sus amigos de antaño, a sus primos y primas, se sentía orgulloso de su nuevo mundo. Él no se daba por enterado de que una invasión de cholos no sería tolerada en el barrio o confiaba demasiado en el poder de sus fiestas de garaje. Poco a poco dejaron de tener el éxito del principio hasta que se agotaron los invitados que estaban saturados de esa intolerante invasión. Para ellos las veinte manzanas del barrio estaban libres de cholos y así debían continuar. Las empleadas del hogar, los verduleros, Cebolla y su familia eran las excepciones inevitables.

Pero la paciencia de Cebolla llegó a su límite un día de verano donde bullía la presencia de casi todos. No soportó más la injusta segregación, el inflexible rechazo, la carencia de una amistad verdadera y franca, la constante humillación, su permanente lucha contra sus sentimientos encontrados, hasta que sus cuerdas vocales explotaron en gritos desesperados, idos, por ratos incomprensibles, hasta el punto de desgañitarse con palabras suplicantes y angustiosas, hasta dejar que su cuerpo descontrolado erupcionara en gestos violentos y compulsivos, hasta romper en un llanto copioso que terminó cuando se le acabaron las lágrimas, mientras que otras brotaban de quienes estaban compungidos. Cuando ya no podía sufrir más, su padre llegó a tiempo para auxiliarlo, un instante antes de que colapsara, y lo llevó a casa, como quien lleva a un ser querido que hubiera perdido todo en la vida.

Al cabo de una semana, Cebolla deslizó su cuerpo bulboso fuera de su casa. El pequeño racista, un grupo de amigos y dos de sus hermanos estaban trepados en La escuelita de los monos.

«¡Cebolla!», lo llamó. «¿Quieres subirte al árbol?», le preguntó, y nadie se opuso a su sugerencia inconstitucional. Dibujando una sonrisa en su rostro amarillento, Cebolla trepó por primera vez a La escuelita de los monos.

CAPÍTULO III
ENTRE CHOLOS Y CHULAS

Nunca supo por qué los cambiaron de colegio. Después de haber estado en un colegio gobernado por la iglesia católica, de pronto descubrió las libertades de uno laico. Había dejado atrás el énfasis de una educación religiosa para dar paso a unas cuantas horas de religión a la semana. Pero también descubrió lo que significaba ser el nuevo estudiante que llamaba la atención de todo el mundo, sobre todo de las chicas que ya sentían el cosquilleo de su penetrante mirada masculina de diez años de edad, infantil pero masculina. En el nuevo colegio notó muy rápidamente algo extraño que entonces comprendía a medias. Había más cholos de los que había imaginado...: estudiantes cholos, profesores cholos, empleados cholos, es decir, muchos cholos desde su perspectiva porque

no había tantos en realidad; pero era todo un ejemplo de diversidad. Si su padre se hubiera enterado no los matriculaba, aunque tarde o temprano se daría cuenta de su gran error. La influencia de su madre fue determinante y ella no era racista, nunca lo había sido y jamás lo sería. Ese defecto solo inflamaba la mente confusa e ignorante de su padre. El colegio tenía prestigio internacional y eso seguramente los había embelesado y decidido. No tardó mucho en cuestionar al colegio católico donde el jardinero era el único cholo que había, al menos eso es lo que recordaba, salvo que el uniforme fuera capaz de disfrazar hasta la cara de un cholo. Pero en ese colegio gobernado por hombres ingleses con sotana él andaba siempre muy distraído, en contra de su voluntad, cuando las chicas de secundaria lo perseguían infatigablemente para prendarse de su pícaro mirada de ojos verdes que se estaba convirtiendo en su instrumento de conquista más valioso.

—Así que tú eres el nuevo blanquito —carraspeó una voz forzada detrás de él, pocos minutos después de sonar el timbre del recreo. Al voltear se

topó con un cholo más alto que él que gesticulaba como si fuera una llama a punto de escupirlo.

—Y tú, ¿de qué zoológico te escapaste? —lo desafió, enfocando la vista en sus ojos negros de gallinazo y en su enorme nariz, semejante al gigantesco pico de un cóndor andino, mirándolo despectivamente, como si estuviera enfermo de moquillo.

—Putá, encima de blanquito, cachaciento —se abalanzó sobre él, tumbándolo al suelo con una zancadilla veloz.

«*Este cholo pendejo no sabe con quién se ha metido*», pensó mientras se levantaba. Sin darle tiempo a reaccionar lo cogió de las manos y le dio vueltas como un trompo, hasta que lo soltó y terminó en el suelo sin saber qué hacer. Después de ponerse de pie y sacudirse el polvo de la ropa lo amenazó: «Me las vas a pagar, blanquito». Le resbaló su amenaza y ese mismo día lo bautizó con la que sería su chapa eterna: Condorito... «*Otro cholo más a quién joder*», sonrió su mente.

Después de ese conato de bronca sus bonos crecieron como la espuma, sus amigos y conocidos lo

respetaban y los demás cholos también, y las chicas lindas lo observaban y sonreían y las cholitas también, pero no se atrevían a nada más..., aunque eso cambiaría en el transcurso del año.

En aquella época no se percató de la madurez que gobernaba su cuerpo y su mente. Mientras que sus amigos esperaban con ansias el recreo para jugar a patear chapitas de gaseosas, él esperaba que sonara el timbre para elegir a la chica más bonita del día. Y cada mañana, al formar la fila para entrar en orden a los salones de clase, alistaba su mirada para disparar guiñadas pícaras a las chicas que más le gustaban; algunas le respondían con sonrisas y cachetes sonrojados y otras abrían los ojos asustadas, como si un monstruo estuviera a punto de devorarlas; de cualquier modo, le resultaba muy divertido y halagador. Pero si él era muy adelantado, algunas chicas de su edad también lo eran. A mediados de año, una de sus amigas del salón se atrevió a dar un paso que ni él se hubiera atrevido a dar. Sus hermosos ojos celestes se clavaron en los suyos, sus hoyuelos coquetos y su sonrisa cautivadora lo capturaron, y con su melodiosa voz le

hizo una propuesta a la que no se podía negar: «Mañana quisiera decirte algo en el recreo». «Lo que tú quieras», le respondió. Y el día siguiente llegó, le fascinaba la idea de aquel encuentro esperado de consecuencias impredecibles. Antes del recreo ya había estado observando a su amiga como quien observa un helado apetitoso a punto de ser saboreado. Después del melodioso sonido del timbre que ya no sonaba estridente, salió disparado a esperarla con los ojos desorbitados por la emoción, y ante su insistencia severa sus amigos y los cholos guardaron una distancia prudencial. Minutos después se acercó ella, su tez clara como la luz de un día soleado estaba ligeramente maquillada, sus labios habían tomado el color carmesí del lápiz labial que también se habría “prestado” de su madre esa mañana, y su cabello ensortijado había adquirido el volumen de la sensualidad de una adolescente en busca de la mayor atención.

—Hola... —le dijo delicadamente, sin esperar a cambio nada más que tímidas palabras.

—Estás muy linda... —le pellizcó su mejilla suave y chaposa.

Tan pronto lo hizo, su amiga salió disparada, corriendo a la velocidad de una olimpiada, tratando de escapar del león que le había dado un zarpazo antes de intentar engullirla completamente. Todavía tenía el brazo levantado y la sensación de su mejilla en sus dedos cuando se evaporó. «*Qué voy a hacer con estas chicas...*», se conformó ante aquella huida inesperada. Después de ese día, su pequeña amiga, a quien no veía tan pequeña, dejó de hablarle como si su lengua rosadita hubiera quedado petrificada por su caricia atrevida.

Pero no se dio por vencido en su afán de conquistar a una niña del colegio. Muy pronto quedó seducido ante una beldad de su edad que lo tenía hipnotizado con sus ojos azules, y a quien él tenía hipnotizada con sus ojos verdes y con sus guiños infatigables. Era churrísima, chulísima o como quiera que se diga, todos los adjetivos superlativos podrían caber en ella. Esta vez fue él quien dio el primer paso: «Mañana quisiera decirte algo en el recreo». «Está bien, te espero en el árbol del patio trasero», le derritió los oídos y todos sus órganos internos.

A esa edad, y casi a cualquier otra edad, resultaba casi imposible guardar un secreto de esa magnitud, especialmente cuando se trataba de un acontecimiento que pocos se atrevían a experimentar de niños. Para su desgracia, Condorito se enteró de la noticia del monumental suceso, y no dejaría pasar la oportunidad para vengarse de aquel primer enfrentamiento y de las batidas que le propinaba constantemente.

Cuando la beldad de ojos azules llegó a su encuentro bajo el árbol del patio trasero, una multitud de alumnos curiosos los rodeó como si hubieran llegado a visitarlos el príncipe de Asturias y su futura princesa. Cuando ambos trataban con dificultad de disfrutar de sus miradas enamoradas y sonrisas contagiosas, la asquerosa y huesuda mano de Condorito se empotró contra la espalda de él, y terminó dándole un cabezazo a su amiga que le dejó el pómulo enrojecido e hinchado y sus lindos ojos azules bañados en un llanto incontrolable y justificado. Aunque se frustró su segundo encuentro amoroso de ese año, al desgraciado de Condorito no le duró mucho tiempo su rimbombancia, lo

suspendieron del colegio y no se pudo recuperar de la discriminación a que fue sometido, hasta que su período de acoplamiento culminó con su ingreso a un colegio fiscal de mala muerte.

Algo más bullía dentro de él en aquella época, algo que todavía no entendía bien. Entre las noches húmedas de sueños eróticos repetitivos y el hecho de sentirse erotizado pensando en tantas chicas lindas, pero no en las cholitas que también lo eran, surgieron cambios internos y externos de los que nadie le había hablado porque todos asumían que no estaba listo para sentirlos. Ni siquiera lo supo, como tampoco sus profesores ni sus padres, cuando una ronquera crónica e infinidad de gallos que salían por su boca, intempestivamente truncaron sus genuinas aspiraciones de ser uno de los niños cantores de Lima. Y tras las vacaciones de verano ya tenía la voz de un hombre...: su segundo instrumento de conquista. No imaginó cuán poderosa podía ser una voz masculina en un niño de once años hasta que llegó el primer día del último año de primaria. Sus amigos del colegio seguían con sus voces de pito, con sus risitas infantiles, con sus

cuerdas vocales femeninas. De pronto, se vio asediado por las chicas de su año y de otros años que pugnaban por una de sus palabras varoniles: «Hola», suspiraban... «¿Qué quieres que te diga?», las dejaba mudas... «Qué bonita sonrisa tienes», no sabían dónde meterse... «¿Quieres almorzar conmigo?», se sentían enamoradas... «Me gustas», las derretía... «¿Cómo estás, preciosa?», se desmayaban... «*¡Esto es vida!*», disfrutaba cada día. Pero sus amigas de colegio no estaban listas para nada más. A esa edad con las justas compartían fiestas de cumpleaños y bailes tímidos y movidos, de ninguna manera bailaban pegados y sus padres no se atrevían a poner baladas ni rock lento.

Cuando no andaban piropeando a las chicas, sus amigos y él pasaban los recreos y los refrigerios comiendo o jodiendo a los cholos... ¡Qué manera de comer! ¡Y qué manera de joder! «*Pero nosotros no tenemos la culpa, ahí están los cholos, a nuestra entera disposición, listos para ser jodidos*», justificaba lo injustificable. Cuando entraban al baño eran capaces de orinarse los pantalones y los zapatos con tal de que no los jodieran. Cuando salían

a los recreos eran capaces de no jugar con tal de que no los jodieran. Cuando sonaba el timbre de salida eran capaces de quedarse sentados en sus pupitres con tal de que no los jodieran. Cuando salían del colegio eran capaces de no comprar helados con tal de que no los jodieran. Cuando tomaban el ómnibus eran capaces de esperar al siguiente con tal de que no los jodieran. Para los pequeños racistas era divertido en esa época, pero después se darían cuenta de que los jodidos habían sido ellos. Sus padres los habían jodido con esas ideas absurdas, los amigos de sus padres los habían jodido al secundarlas, la mitad del país los había jodido por fomentarlas... ¡Qué tal huevada!

CAPÍTULO IV
LAS INALCANZABLES

Su barrio tiene veinte manzanas, tres parques, tres farmacias, dos panaderías, varias tienditas, un mercado, una lavandería, un estudio fotográfico, un cine, un restaurante, una discoteca, una clínica y muy buena gente.

Por alguna razón que desconoce, ninguna otra familia chola se ha atrevido a mudarse a su barrio. Cebolla sigue siendo el único cholo que juega con ellos y el único cholo que sube a La escuelita de los monos. Pero están creciendo y todavía son muchos los que se trepan al árbol. Hasta sus amigas se trepan a veces y disfrutan al hacerlo. Se supone que treparse es un deporte para hombres. Ellas no les ofrecen nada por dejarlas subir... En realidad, sí lo hacen, les dan su compañía femenina, sus voces agradables, sus sonrisas y labios puros, la forma de

sus cuerpos donde ya asoman las tetitas y los potitos. Y de ninguna manera les faltan el respeto, tampoco a las desconocidas, y pobre de aquel que osara hacerlo, podría terminar de carroña para los gallinazos; siempre fueron, son y serán todos unos caballeros.

Aunque disfruta de sus amigas trepadoras, desde las alturas de su árbol puede darse el lujo de distraerse para ver la infinidad de hembritas que los rodean, esas hembritas mayores que humedecen sus días y noches, con las que sueña dormido y despierto. Entre ellas están las mellizas, que siempre salen juntas a todas partes y por quienes está a punto de entrar a un manicomio; la gringuita de la esquina, que está riquísima y por quien anda perdidamente enamorado; la chica de la bicimoto roja, que viene del otro parque y no se cansa de dar vueltas al que está cerca de su casa, tratando de hacerles saber a él y a sus amigos de que existe, pero que nunca la van a tener; el trío de hermanas chinchanas, que causan un revoltijo enorme cada vez que van de compras al mercado, cuyas nalgas bamboleantes y bien formadas lo embizcan sin

compasión, y a las que daría de palmazos incansablemente; las hijas de los dueños del mejor chifa de San Isidro, cuyos ojos rasgados y la finura de sus gestos y de sus cuerpos lo tienen atolondrado; las dos hermanas de uno de sus mejores amigos, en cuyos senos descomunales quisiera quedarse dormido todas las tardes; las piuranas, que viven en el mismo apartamento y que las malas lenguas dicen que son lesbianas, lo que le importaría muy poco si pudiera darse un largo duchazo de agua tibia con ellas; la gigantesca checoslovaca, que vive sola porque hasta ese momento no había nadie en el barrio que estuviera a su altura y por quien robaría una escalera telescópica a los bomberos para alcanzar las pecas de sus pechitos y sus labios siempre rosaditos; la petiza pituquita, que viste su cuerpo bien formado con lo mejor que el dinero de su padre le puede ofrecer; las tres primas brasileras, que antes vivían en Río de Janeiro y que ahora les hacen una competencia feroz a las mamacitas chinchanas con sus monumentales curvas delanteras y traseras, a quienes juntaría para formar un equipo de voleibol si lo aceptaran como

su entrenador vitalicio; y a infinidad de mujeres más que no se dejan alcanzar por un chiquillo como él, que no se dejan conquistar ni con sus ojos verdes ni con su voz de hombre con altos niveles de testosterona.

Pero las inalcanzables no solamente están en su barrio, también están en su colegio, en los cines, en las calles de Miraflores, en los barrios donde viven sus tíos, sus primos, sus abuelos o los amigos de sus padres... Están en todas partes.

Pero hay inalcanzables a las que no quisiera alcanzar. También son mayores que él, pero su instinto le ordena que se aleje de ellas. No crecen en su barrio, no que él sepa, pero de vez en cuando los invaden..., aunque también proliferan en todas partes. Algunas de ellas siempre andan en busca de una presa, o en busca de algún cazador. A veces clavan su mirada lujuriosa en la de él como si estuvieran imaginándolo con algunos años más. Sabe que en poco tiempo serían las alcanzables más fáciles de alcanzar. «Ten cuidado con las pacharacas», le recomienda el hermano mayor de una de las chicas que anda trepada en La escuelita

de los monos. «Esas se meten con cualquiera», afirma con seguridad. «Son putitas a quienes no tienes que pagar, solo divertir», le dice otro día. «Siempre van a existir pacharacas en este mundo», vaticina con erudición. «Tú no las necesitas ni las vas a necesitar», le habla como si fuera el hermano menor que nunca tuvo. «Ten tus hembritas, tus propias hembritas, no hay nada mejor que eso», se graba sus palabras de por vida. Después de sus consejos aprende a ser precavido, ahora se está dando cuenta de que algunas pacharacas y las inalcanzables que no lo son algunas veces comparten un adelgazamiento morboso. Las primeras tienen el cuerpo emaciado de tantas juergas, de tanto trago, de tantos cigarrillos, de tanta droga, de tantas amanecidas, de tanto sexo; pero las otras lo tienen por su exagerada vanidad, por el temor a ser rechazadas o porque creen que así pueden ser más conquistables o más conquistadoras. Pero no hay nada que él pueda hacer, o tal vez sí...: no dejarse alcanzar por ellas ni por su morbidez.

Ahora que pasan los meses siente la necesidad de enamorarse de una linda chica que le quiera

corresponder. A su mejor candidata todavía le debe doler el pómulo después de la brutal intervención de Condorito. Pero lo va a intentar, ella todavía debe estar a su alcance. La busca, se acerca a ella, le sonrío, le habla, ella no lo rechaza, le sonrío, le habla, lo ha perdonado, le brilla su mirada, sus pícaros ojos verdes se topan con sus bellísimos ojos azules, su corazón palpita, el de ella se esconde tras unos pechitos que ya están creciendo, sus piernas asoman con menos timidez de su falda ploma que casi le llega a la rodilla, él siente sus vellos erizados, suda ligeramente, su otrora seguridad absoluta cede ante un instante de debilidad, atisba más momentos de romanticismo, ella también. Quedan en verse más seguido a la hora del recreo porque ella está en otro salón. Le invita helados de vez en cuando. Se está enamorando, cree que ella también. No se lo dice, ni ella a él. Ambos tienen doce años, ambos están madurando rápidamente. La prefiere a ella, no a las inalcanzables, no a las chicas mayores que él. Pasan las semanas. Le promete ir el sábado a su casa en bicicleta, ella acepta encantada. Tiene que atravesar la ciudad para ir a su casa que se

halla en un barrio exclusivo. Cuando llega, le sudan las manos al tocar el timbre. Le abre la puerta una empleada disfrazada de fantasma, una cholita zambullida en un vestido blanco debajo de un mandil blanco, con medias y zapatos blancos, y seguramente con calzón blanco y sostén blanco. Le dice que está en El Rancho comiendo pollos a la brasa con unos amigos... *«Pero si le dije que vendría»*, piensa angustiado. Le pone alas a la bicicleta, enciende el motor a propulsión a chorro y llega en un santiamén, sin respetar las luces rojas, ni a los peatones, ni a las aves que migran, ni a los aviones que casi lo embisten. Arroja la bicicleta al suelo, no le importa si se la roban, la busca con su visión de rayos X, a pasos largos atraviesa los jardines, salta las mesas llenas o vacías, atropella a los comensales que tienen la osadía de cruzarse en su camino, usa los trampolines sin haber pagado, hasta que por fin la encuentra. Se restriega los ojos, sí es ella, está echada sobre el pecho de un sujeto muy mayor... *«Debe tener quince o dieciséis años ese degenerado»*, atosiga sus pensamientos. Ella no se da cuenta de que existe, de pronto se acerca a los

labios del sujeto ese, lo besa, le coge la cara, el atosigado se quiere morir, quiere desaparecer, no encuentra una fosa para meterse en ella, quiere llorar, pero no le salen las lágrimas... *«Debo ser muy hombre para llorar. Me está sacando la vuelta..., pero si no es mi enamorada, nunca la he besado, nunca la he cogido de las manos, nunca la he abrazado. Soy un cojudo»*, se insulta. *«No, no soy un cojudo»*, se da ánimos. *«Ella pica más alto»*, trata de encontrar una explicación. *«Pero si tiene mi edad»*, busca consuelo. *«Es una inalcanzable»*, acepta.

Cuando llega a casa, después de haberse demorado una eternidad en regresar de la mayor decepción de su pubertad, nota que un camión de mudanza descarga los muebles de los nuevos vecinos. Quien da las órdenes es un cholo enérgico y colosal, mide dos metros por lo menos y por breves momentos lo ausculta sin quitar su mirada furibunda de su pequeñez... *«Yo soy alto para mi edad, pero ese cholón tiene proporciones incaicas»*, le pone palabras a su perplejidad. Tras cuatro zancadas que retumban en el suelo, se acerca a él

mientras estira la gruesa lanza con la que parece que fuera a atravesarlo como a un anticucho de carne blanca.

—Mucho gusto —le brinda el yunque de su mano—, soy tu nuevo vecino.

—El gusto es mío —deja que le rompa los dedos—. «*Usted es el cholo más grande que he visto en mi vida*», piensa, rogando que no tenga el poder de leer la mente, o sería el primer adolescente que muere dos veces en el mismo día.

En menos tiempo de lo que sus huesos de la mano vuelven a su sitio, cruzan el umbral de la puerta la descendiente de una de las vírgenes del sol y una chica de su edad que debe ser la princesa imperial. «*¡Debo estar volviéndome loco!*», vocifera su cerebro para que le regrese la cordura. «*¡No existen las cholos bellas!*», rechaza lo que sus ojos están viendo. «*¿O sí?*», fija la mirada en las figuras celestiales de sus cuerpos trigüeños, en sus facciones pintadas por un artista divino, en la finura de sus manos estilizadas, en sus pies dorados de simetría perfecta. Cuando continúa ensimismado, sin lograr que sus cuerdas vocales produzcan palabras

ni sonido alguno, el cholo emperador lo sacude sin tocarlo siquiera: «¿Te encuentras bien?», pregunta acercando su humanidad a la suya. No puede responder. Se despidе con un movimiento ondulatorio de la mano y luego se estrella contra la pared sin quitar de su vista a su nueva vecina, quien sonríe al notar que es ella la causante de su distracción.

Después de aquel primer encuentro con los nuevos vecinos, ya lleva semanas preso de la dubitación, y ya le están aburriendo y fastidiando los respingos de su padre que ni su madre puede controlar. «¡Solo esto nos faltaba!», dice una y otra vez. «Mejor llamo al abogado», afirma su madre. «¡Maldita sea!», nada hace mella en él. «Parecen buena gente, viejo», le clava su mirada odiosa, sin comprender a qué se refiere. «Y la chica está bonita», le sube la presión arterial.

Lo único que sabe es que su vida está plagada de inalcanzables, y por varias razones su nueva vecina es una de ellas... *«Ya es tiempo de despabilarme, de pisar tierra, de bajarme de las nubes, de pensar con la cabeza y no con la testosterona, ha llegado la hora de alcanzar a las alcanzables».*

CAPÍTULO V
SU PRIMERA HEMBRITA

En el barrio hay muchas chicas lindas, pero son pocas las que llenan sus expectativas, las que lo hacen forman parte del ejército de inalcanzables, en realidad él anda en busca de alguien que le haga sentir ese flechazo que alborota, no necesariamente de la más linda, sino de aquella que corresponda a lo que siente. Tampoco le interesa ninguna de las que descubre en las fiestas, en los clubes o en los barrios de sus tíos o primos, seguramente es un adolescente muy exigente... *«Probablemente voy a ser muy exigente hasta el día que me congelen, porque no quiero que me entierren ni que me cremen, quiero vivir una vida eterna, pero no de la que me hablaban en el colegio católico... Pero ¿cómo puedo pensar estas cosas en las postrimerías de mis doce años?»*.

En el colegio abundan las chicas bonitas, coquetas y alcanzables. Felizmente que siempre ha estudiado en colegios mixtos; no entiende cómo algunos padres, educadores y gobernantes todavía permiten los colegios de hombres o de mujeres... «*¡No saben lo que se pierden esos estudiantes!*», asegura con el poder de su experiencia. Tampoco cree que sean un caldo de cultivo de homosexuales, pero no hay nada como la libertad de compartir con el sexo opuesto, de interactuar con sus diferencias, de aprender de sus peculiaridades, de descubrir los cosquilleos cuando llegan, de apreciar los cuerpos que van cambiando, de ser testigos felices de la infinidad de piernitas cuando se van desarrollando para mostrarse más bonitas y formaditas, de las tetitas que van creciendo y poniéndose más duritas y redonditas, de los potitos que cada año se van volviendo más duritos y redonditos, de las voces de pito de los niños que van cayendo como fichas de dominó, de los bigotes incipientes, de los pechos y espaldas que se van definiendo, de los pantaloncitos de gimnasia y los suspensores apretados que ocultan al mejor amigo del hombre (no, el perro no

es el mejor amigo del hombre), de las emociones de los primeros enamoramientos, de los primeros besos, de los helados compartidos, de las sonrisas que nacen de un momento de admiración, de las demostraciones de hombría, de las manifestaciones femeninas, de la mutua coquetería, de las guiñadas de ojos, de los besos volados... «*¡Todos deberíamos tener derecho a disfrutar de todo eso!*», enfatiza el ferviente defensor de la educación mixta.

Pero ahora sigue en su búsqueda incansable. Una de las chicas nuevas le ha llamado la atención, se siente flechado y alborotado, tiene las piernas flacas como la Olivia de Popeye, pero intuye que pronto van a ser unas formidables esculturas; no es rubia, como las gringas de Oxapampa, ni pelirroja, como las descendientes de los Neandertal, pero sus cabellos claros brillan aunque no haya sol; no tiene los ojos azules o celestes de sus anteriores inalcanzables, pero se le escarapela el cuerpo cuando su seductora mirada parda atraviesa sus pupilas dilatadas; siempre siente que le pide uno o más besos cuando lo alcanza su sonrisa de labios nunca besados, y de blanquísimos dientes que juegan a las

escondidas tras unos frenillos metálicos que no le disgustan, ni lo cohíben, ni lo apartan de su belleza, ni lo alejan de lo que siente por ella.

Las semanas transcurren muy rápidamente, a la velocidad de sus cortejos. La galantería de sus acciones está dando resultados, ha despertado en la nueva chica la volcánica sensación del primer enamoramiento y está siendo alcanzado por la erupción de sus sentimientos, o quizás ella también sintió ese flechazo desde que descubrió a su galante amigo. La pequeña inalcanzable de ojos celestes, quien se evaporó al tocarle el cachete cuando tenían diez años, le hace una confidencia que halaga su hombría adelantada: «Está enamorada de ti», le deja el cuerpo trémulo. «Quiere estar contigo», le deja la mente emocionada. «El sábado hago una fiesta en mi casa, ella te va a estar esperando», lo deja encendido con fuegos artificiales.

Y la fiesta llega, su confianza es absoluta, la celebración del cumpleaños de la anfitriona es una mera excusa, todos están a la expectativa de sus actos, de sus palabras, de sus decisiones, como si todos fueran a tener su primera enamorada, como si

todas fueran a tener su primer enamorado, como si todos fueran al encuentro de su primer beso. Pero solamente son dos quienes van a realizar aquel viaje encantador, solamente dos quienes van a erupcionar al mismo tiempo.

Se acerca a ella, está sentada, lo está esperando, le sonrío sonrojada, nota sus labios tersos y también sus blanquísimos dientes que siguen jugando a las escondidas y que no inhiben sus deseos de besarla, a ella tampoco; no sabe qué hacer, ella tampoco, pero decide rápidamente, no se sienta a su lado, le ofrece su mano ligeramente sudorosa, se la coge temblorosa, se levanta del mueble para dejarse llevar por el vaivén de su cuerpo, ambos quieren alcanzar la misma cima, ambos quieren estar en la montaña de su primer sueño amoroso, todos sonrían, todos murmuran, todos suspiran, todos se desinflan en silbidos; sin mirar para atrás, él abre la puerta del apartamento, ella la cierra, no pueden alargar la espera, bajan unas gradas, él gira para encontrar su mirada, ella queda una grada más arriba, sus labios están a la altura de los de él, listos para ser besados, coge sus manos con suavidad, las

coloca alrededor de su cuello, ella no sonríe, él tampoco, se miran brevemente, ella está esperando que él le diga algo, ella no se atreve a darle el beso, él tampoco, tienen las miradas excitadas, pero no nerviosas, él siente su respiración, también su aliento, le gustan, ella siente su respiración, también su aliento, y también le gustan, él no ha planeado qué decirle, ella tampoco lo ha hecho, pero hace un esfuerzo, su boca gesticula y emite unos sonidos casi inaudibles: «¿Quieres estar conmigo?», se atreve a preguntarle. «Sí quiero», apenas escucha su respuesta. Tan pronto termina de acariciar sus oídos de conquistador conquistado, ambos giran ligeramente sus cuellos y acercan sus labios humedecidos, cierran los ojos, no saben besar, no lo han hecho nunca, los besos a la almohada no cuentan, tampoco los piquitos que él ha dado desde los cuatro años y que ella nunca ha dado, pero lo hacen, es un beso apasionado y tierno a la vez, están en otro mundo, están suspendidos en el espacio y se dejan llevar por ese viaje sideral, él siente la dulzura de su aliento, de su saliva en la suya y le gusta, ella siente la de él y le fascina,

sienten sus lenguas exquisitas y juguetonas haciendo lo que nunca antes han hecho, penetrando sus bocas por instantes con delicadeza, pero casi siempre con la pasión que los tiene contagiados, están disfrutando de un momento sublime..., el más sublime que hasta entonces hayan sentido, ellos no pueden mantener los ojos cerrados, los abren por momentos, como si sus mentes se entendieran a la perfección, sus miradas vuelven a encontrarse, no son las mismas, están muy excitadas, de ellas brotan una pasión casi desenfrenada y una extraña pero encantadora sensación que no pueden entender ni retener, que necesita salir de sus cuerpos, que necesita ser compartida con alguien más...: la sublime e incomparable sensación del primer beso.

Cuando vuelven de su viaje que iba camino al infinito, al abrir la puerta del apartamento los esperaba la multitud de amigos incansables que vitoreaban como si todos hubieran triunfado en el amor. Continuaron abrazados o cogidos de las manos como si no quisieran despegarse el uno del otro, como si una nueva necesidad hubiera nacido para ser siempre satisfecha. Habían hecho el amor

con un beso y tenían la intención de seguir amándose e ir develando el significado de amar, aunque apenas estaban dejando de ser unos niños que ansiaban descubrir un mundo nuevo, intenso y maravilloso.

Unas vacaciones de verano surgieron diferentes aquel año. Su primera hembra y él tenían trece años y solamente vivían para verse o escucharse cuando no lo hacían. Aunque sus amigos aceptaron su nuevo estado civil —el de enamorados—, nunca se conformaban con el poco tiempo que les podían ofrecer. Él había cambiado las tocadas de timbres por el timbre de la casa de ella; La escuelita de los monos por paseos al parque con ella; el fulbito, la canga, las canicas y los trompos por las caminatas a las tiendas de Miraflores con ella; las peleas con sus hermanos, las correteadas con sus perros, o los juegos con sus gatos, ratoncitos blancos y loros por las horas al teléfono con ella; los almuerzos y muchas cenas en casa por almorzar o cenar con ella, ya sea en su casa o donde los alcanzara el hambre; los partidos de ping-pong y fulbito de mano por las tardes de cine o de bolos con ella; el

compadecerse de los locos de su barrio por compadecerse de los locos o los indigentes pidiendo limosnas en el de ella; ir a la playa con los amigos o la familia por el placer de sentarse en la arena y darse baños de mar con ella, disfrutando de su cuerpo dorado que se estaba formando, imaginando su tierna desnudez que también se iba desarrollando debajo de la ropa de baño; ver sus programas favoritos de televisión por compartir los que a ella también le gustaban; ir a sus jaranas durante los carnavales por las fiestas que se organizaban en su quinta o donde fueran, siempre y cuando estuviera con ella; aunque había una cosa que no dejaba de hacer cuando podía: joder a los cholos hasta el cansancio, aunque trataba de controlarse cuando estaba con ella.

Tanto sus padres como los de ella sintieron un alivio que necesitaban a gritos cuando llegó el nuevo año escolar. Ellos aceptaban su enamoramiento, pero no lo comprendían a cabalidad, y su amistad fue creciendo a medida de los conflictos que generaban la obsesión entre sus hijos enamorados. Les daban ciertas libertades envidiables,

pero eran cautelosos también. Pero el colegio no los pudo separar. Compartían el mismo salón de clases, les dejaron compartir el mismo pupitre (que en aquel colegio era para dos personas), y casi siempre pasaban el recreo y el refrigerio juntos. Pero eran conscientes de que tenían amigos y de vez en cuando también les daban tiempo a ellos. Eran los momentos que él necesitaba para seguir jodiendo a los pobres cholos de su clase o de otras clases, y para darse sus escapadas al baño para fumar de la estupidez..., perdón, para fumar de los cigarrillos que los repitientes o los que estaban en los últimos años llevaban en cantidades cancerígenas.

Aquel año disfrutó sin medida de su primera hembra, y ambos empezaron a disfrutar con medida del tabaco que él tenía prohibido en casa y que a ella le permitían incomprensiblemente en la suya. En aquel tiempo no entendió, como muchos adolescentes no entienden ahora, el porqué se dejó llevar por un hábito aparentemente inofensivo que casi lo envía al hospital cuando lo adquirió, que le invitó a probar otros mucho más peligrosos y que,

finalmente, destruiría su relación con su primera
hembra.

CAPÍTULO VI
EL OCASO Y LA DAMA DE LA
POLLERA

A medida que pasaban los días, las semanas y los meses, lo que sentían entre su primera hembra y él fue creciendo exponencialmente, la necesidad de sus besos fue aumentando casi sin control, y la sensación de sus cuerpos juntos fue adquiriendo la potencia de los estrógenos y la testosterona. Poco a poco fueron descubriendo el poder de las caricias mutuas, el poder de la excitación de dos cuerpos adolescentes que ansiaban ser acariciados y excitados. Solo entonces comprendieron el afán indissimulado de sus padres de evitar que fueran muy lejos, solo entonces supieron la razón por la que los padres de ella se aferraban en proteger a su hija con medidas drásticas que a esa edad no les molestaban en absoluto, sino que aceptaban de buen grado o les provocaban carcajadas imparables.

Durante la época escolar los controles eran menos rígidos, pasaban todo el día estudiando, besándose o sintiéndose a escondidas. La envidia de sus compañeros de clase y de quienes no lo eran los tenía carcomidos por dentro y por fuera. Todos querían estar en su lugar. Se daban ciertos lujos inalcanzables para la mayoría de ellos, incluso para los que estaban en los años superiores. Pero los profesores percibieron o supusieron los lujos que se daban, y los más conservadores empezaron a presionar para limitar las libertades de su enamoramiento evidente y muy popular. La gracia de sentarse juntos culminó una mañana triste, cuando la profesora de Historia descubrió que él acariciaba sus piernas que ya estaban llenitas y duritas, a las que le encantaba acariciar cuando podía tenerlas a su alcance... ¡Y mucho mejor cuando usaba las faldas del uniforme escolar! Sin embargo, los profesores, los directores y los empleados del colegio aceptaban la realidad de su enamoramiento, lo respetaban y lo comprendían, y muchos de ellos los apoyaban, se congraciaban con ellos, les brindaban sus sonrisitas confidentes, su tiempo, sus consejos,

sus recuerdos, sus experiencias juveniles, sus invitaciones a tomar lonche o a comer helados... ¡Los adoraban!

Aunque él seguía siendo un racista empedernido, empezó a sentir afecto por quienes lo estimaban como si fuera uno de sus hermanos menores o uno de sus propios hijos. Gracias a Cebolla, a la princesa que tenía de vecina y a la gente del colegio nació en él un sentimiento encontrado que iba en contra de sus principios, o mejor dicho, de los principios de su padre y de los que pensaban erróneamente como él.

Durante el año escolar, su primera hembra y él iban todos los fines de semana al Parque Salazar, y durante las vacaciones de verano lo hacían más seguido. Su deleitable e insustituible periplo los llevaba por la Avenida Larco a través de un sinnúmero de cuadras que les encantaban porque también los unían. No imaginaban otra forma de recorrer ese camino sino tomados de las manos o abrazados como cualquier pareja enamorada, pero los conductores tocaban las bocinas, los felicitaban, se emocionaban tanto como ellos; y los transeúntes

los seguían con la mirada, les sonreían a raudales, se alegraban de ver a unos casi niños demostrando su amor sin inhibiciones, con total libertad, con la madurez que asumían naturalmente.

El Parque Salazar era su refugio máspreciado, caminaban sobre sus veredas limpias, escoltados de arbustos y flores, observando los acantilados, el serpenteado camino de la Costa Verde, al océano Pacífico reventando sobre las playas donde iban durante el verano, disfrutando de los atardeceres más espectaculares y románticos; de las bancas que los invitaban a abrazarse, a besarse, a tocarse, a acariciarse, a sentir su húmeda excitación, a conocer mejor sus cuerpos mientras iban creciendo; de los árboles impolutos donde podían danzar al ritmo de su amor sobre el mismo sitio, mientras hacían el amor sin desvestirse, sin hacer escándalos, protegidos de las miradas curiosas o perversas que en esa época no existían o que todavía no descubrían ese parque colmado de enamorados, pero no de sus edades.

Sus cuerpos y sus mentes se necesitaban a niveles conyugales, hasta que una tarde de primavera

surgió sobre el lecho de sábanas blancas de ella la oportunidad imperdible de atreverse a dar el paso siguiente de su sexualidad. Cuando la desnudez de sus cuerpos adolescentes excitó sus cinco sentidos y los nuevos que estaban descubriendo, estuvieron a punto de culminar el ritual amoroso que había gobernado sus más íntimos y fervientes deseos..., pero no lo hicieron. Algo en él contuvo aquella inconsciente determinación de devorar su virginidad..., y nunca lo volvieron a intentar.

Pero había algo que lo tenía preocupado y que ya empezaba a quitarle el sueño: su primera herbrita estaba fumando demasiado, tanto que temía que algún día no pudiera dar marcha atrás, tanto que podía lamentarse de haberlo hecho por el resto de su vida, tanto que él podía lamentarse por dejar que lo haga por el resto de su vida, tanto que temía que algún día lo sacara de las casillas, tanto que algún día podría ser capaz de dejarla. Y los padres de ella se lo permitían, fumaban con ella, le compraban cigarrillos, promovían su decadencia sin pensarlo siquiera. Él casi no lo hacía, pero lo poco que fumaba era suficiente para seguir amando el

aliento a tabaco de ella, al que se fue acostumbrando, pero ya añoraba la frescura de su primer beso. «Demuéstrame que me quieres», le dijo un día a su primera hembra, sin pretender robarse su virginidad. «¿Cómo?», asumió que le ofrecería su virginidad. «Prométeme que vas a dejar de fumar», la miró casi suplicante. «Te lo prometo», lo diplomó como el adolescente más feliz de la Tierra. Pero sospechaba que le mentía, que disfrazaba el hábito que no podía abandonar. Una tarde de playa, después de correr olas a pechito, de darse chapuzones en el mar, de disfrutar de varios vasos de Inca Kola helada, helados de lúcuma y sándwiches de pollo, él decidió probar su sinceridad. Aquella tarde habían ido a la playa con su vecina y mejor amiga. Insistió que ellas se quedaran un rato más disfrutando del atardecer, fingió una retirada prematura, desapareció de su alcance, se escondió detrás de unos arbustos, quedó observándolas, su amiga comprobó que se había esfumado, su primera hembra hizo lo mismo, prendió un cigarrillo, le dio varias pitadas adictivas; cuando todavía seguía maltratándose los pulmones él se sentó a

su lado, como si hubiera caído del cielo, la miró furiosamente, ella lo miró desconcertada, «me mentiste», «perdóname, no lo volveré a hacer, te lo prometo», «no me quieres», «sí te quiero, perdóname», «no puedo», él se levantó, ella se levantó, su amiga se levantó, caminaron cuesta arriba rumbo a la ciudad, ella suplicaba, él no hacía caso, le cogía de la mano, la rechazaba, se ponía en frente de él, la rodeaba, lloraba desconsoladamente, se sentía dolido, «un vicio no puede tener más valor que yo», «perdóname, te lo voy a demostrar», «no quiero», «no seas cruel», llegaron a su casa, se despidió por última vez, ella se derrumbó sobre los brazos de su mejor amiga, seguramente fijó su mirada en él hasta que desapareció.

Pero no desapareció, deambuló por las calles de Miraflores durante horas interminables. El dolor de sentirse engañado era insoportable, a los catorce años no podía aceptar que la mujer que amaba por encima de todas las cosas hubiera trasgredido la línea trascendental de su confianza casi absoluta..., porque si hubiera sido absoluta hubiera seguido

siendo engañado, y eso era peor que ser víctima de una infidelidad.

Cuando anocheció, finalmente decidió regresar a casa, como hacía cada noche después de pasar el día con su primera hembra..., cuando todavía lo era. Pausadamente se dirigió al oscuro paradero del microbús que tomaba siempre. Al revisar los bolsillos notó que no tenía ni un centavo para pagar el pasaje. «*¡No puede ser!*», se angustió. Tenía la sabia costumbre de guardar el dinero para el pasaje, y la costumbre no tan sabia de gastarse todo lo demás en complacer las salidas con su primera hembra..., cuando todavía lo era. Regresar a pie era más peligroso que dormir desnudo y de espaldas en la carceleta del Palacio de Justicia. No se cruzó por su mente tomar un taxi para que lo pagaran sus padres al llegar a casa. Los teléfonos públicos funcionaban menos que la burocracia de esa época. Y no había nadie a quien pedirle dinero en esa esquina tenebrosa..., solamente había una señora que llevaba puestos un sombrero oscuro, una chompa de lana y una enorme pollera multicolor, y lo último que haría sería pedirle dinero a

una pobre cholita de la sierra que seguramente acababa de bajar de la puna en busca de algún trabajo que no la sacaría jamás de su miseria..., no, esa tal vez no era la razón principal, su orgullo racista no se lo permitiría.

El tiempo transcurrió lentamente, nadie llegó en su auxilio. La chola de la pollera ni siquiera se percató de su existencia, ella esperaba que el último microbús de la noche apareciera para llevarla a donde fuera, como él lo esperaba sin un centavo en el bolsillo. No le quedó otra alternativa, una fuerza superior a la suya hizo que se moviera, que caminara donde estaba la chola de la pollera, que abriera la boca pidiendo un imposible. «Disculpe, señora», balbuceó y luego pensó: «¿Señora? ¿De dónde habré sacado eso?». La chola de la pollera fijó su mirada sorprendida en la de ese blanquito angustiado, ladeando ligeramente su rostro asustado. «Se me ha perdido la plata para mi pasaje», a duras penas le devolvió la mirada. «¡Ay, huaynuchitu! Y tienes que ir a tu casita». «¿Guano...qué? ¿De dónde habrá sacado eso?». Se preocupó como si él fuera uno de sus doce hijos

o como si hubiera encontrado a un niño extraviado entre los montes de su tierra olvidada por todos, pero no por ella. Ni siquiera esperó que el fantasma continuara balbuceando. «Déjame ver un ratito», sacó de algún recóndito lugar de su pollera multicolor una bolsa gruesa y gastada que estaba llena de monedas de toda denominación. Juntó los soles y los centavos hasta que completó lo que él necesitaba para regresar a casa. Luego se le dibujó una sonrisa de madre feliz en su semblante arrugado por la inclemencia del clima serrano. «Gracias, señora», le dijo al punto del llanto, sin que sus ojos verdes desorbitados pudieran disimular la perplejidad. «Que Dios y la Virgencita te bendigan para que siempre estés sanito», dijo un instante antes de que llegara el microbús.

La chola de la pollera...; no, la dama de la pollera le había dado la lección más importante de su vida, una lección que difícilmente la dan los padres, los amigos o las mejores escuelas. Desde ese día él ya no sería el mismo...; no, seguiría siendo el mismo, pero tendría la ventaja de recorrer sus nuevos pasos bajo una mentalidad que solo se

puede desarrollar con la sabiduría que ofrecen el sentido común y las experiencias propias o ajenas. El odio había sido desarraigado de su corazón, su mente había sido liberada de una absurda obsesión, y su país tenía un racista menos del cual avergonzarse.

CAPÍTULO VII
AMIGOS Y “AMIGOS”

Ya no es el mismo...; no, siempre será el mismo, pero ya no hace lo mismo, ya no siente lo mismo, ya no piensa lo mismo. Al crecer uno no muta, evoluciona, se desarrolla, aunque muchas veces se involuciona, se deteriora. Hay fuerzas poderosas que gobiernan las mentes y los cuerpos, el poder de la genética es una de ellas, tal vez la más poderosa. Pero hay otras fuerzas capaces de influir en uno, capaces de alentar o confundir, capaces de impulsar o detener, capaces de ayudar a alcanzar la montaña más alta o de lanzar al abismo más profundo. Algunas de esas fuerzas son el poder de la sociedad donde uno ha nacido, el poder de los amigos, el poder de ser aceptado o rechazado por ellos. No basta ser un líder nato, no es suficiente saber que uno puede ser seguido en vez de

seguir, no es determinante ser deseado o que los deseos sean correspondidos. Incluso los líderes sucumben a las presiones externas; incluso los que son seguidos deben enfrentar el lastre de la oposición y la beligerancia de los que pretenden adueñarse del liderazgo.

Ahora que él está sin hembra dispone de tiempo para los amigos y para la familia; regresa de un largo viaje y se estampa con la infinidad de cambios en el barrio. En las fiestas ya pueden bailar pegados, en los parques algunos se atreven a jugar a la botella borracha y a castigarse con besos que duran apenas un instante o que resultan interminables, dignos de un récord Guinness. Ya son muy grandes para subirse a La escuelita de los monos, una nueva generación de monitos disfruta de sus ramas eternas, de horas de gozo imperdibles, de la sombra protectora de sus verdinas hojas, de un territorio que ningún perro ha osado controlar. Pero no hay cholos sobre La escuelita de los monos, no hay más Cebollas a quienes hayan permitido trepar, han heredado la regla de toda la vida, ni Cebolla pudo contra ella. El otrora racista ya no

piensa igual, la dama de la pollera le abofeteó el cerebro con su humilde muestra de caridad. Ya no jode a los cholos hasta el cansancio..., ya no jode a los cholos..., ya no volverá a joder a los cholos... *«Uno de estos días voy a invitar a Cebolla a jugar ping-pong o fulbito de mano a la casa, ya es hora de dejarme de huevadas, diga lo que diga mi viejo, digan lo que digan mis amigos de toda la vida»*, realmente se deja de huevadas.

Extraña a su ex primera hembra, ha ido a Miraflores a ver si la encuentra en algún cine, en alguna tienda, en algún restaurante, en el Parque Salazar, pero no la llama, no aceptó sus llamadas cuando terminaron, no es cruel, pero tiende a no dar marcha atrás cuando toma una decisión. *«¿Seré así toda mi vida?»*. Esta vez va a ser más osado, va a caminar cerca de su casa, lo hace, está solo, la busca con la mirada, la ve, está con su mejor amiga, está fumando, sonrío, ya debe haberse olvidado de él, ya no importa, ya se está acostumbrando a estar sin ella. También extraña a sus amigos de siempre, ahora va a pasar más tiempo con ellos, quienes siempre comprendieron que había estado

en los brazos de su primer amor. También extraña a Roll, murió atropellado hace poco, también era su amigo.

Camina por la Avenida Larco, sus ojos se posan en tres preciosos cachorros pastores alemanes y en su excitada madre, la perra no sabe que está por perder a sus cachorros, los están vendiendo, piden un precio alto, se nota que son de raza pura, uno de los cachorros lo atrae sobremanera, tiene el pelaje oscuro y amarillento por partes, está convencién-dolo de que sea su amo, su nuevo dueño, quiere ser su mejor amigo, intuye que puede serlo, lo carga, husmea sus manos, sus brazos, su cara, su aliento, lo está conociendo, se está apoderando de su olor, él no deja que nadie se lo quite de los brazos, se obsesiona por él, su madre se desespera porque no lo suelta, se trepa en él, lo lame, también lame a su cachorro, pero él no lo suelta, no tiene el dinero, hay un teléfono público en esa esquina con la Avenida Benavides, sucede un milagro, él nunca había presenciado uno en su vida: el teléfono público funciona, mete el rin, llama a sus padres, contesta su madre, le pasa a su padre, saben que

estuvo triste por sus últimas pérdidas...: la de su primera hembra y la de Roll, debe haberse sentado para no caerse al suelo cuando le dijo el precio del pastor alemán, pero tiene el dinero, se lo va a prestar, no, se lo va a regalar, le adelanta sus regalos de cumpleaños y de Navidad por los próximos dos años, él acepta gustoso, llega en un taxi, pagan, regresan en el mismo taxi, su nuevo perro lo orina, no dice nada, llegan a casa, crean un alboroto tremendo... «*¡Estoy feliz con mi nuevo amigo!*».

Su padre evita a los vecinos incaicos, es muy descortés algunas veces; su madre se lleva a las mil maravillas con ellos, comparten recetas, dulces, tardes enteras y hasta confidencias. Él también se lleva bien con ellos, lo estiman, hasta está pensando que lo quieren. Si no fuera por su padre serían los vecinos perfectos. La princesa ha vuelto a su vida en cierta forma, estuvo alejado de su mirada coqueta, de su sonrisa bella y de su cuerpo hermoso mientras estuvo con su primera hembra. Entre sus hermanos y ella están tratando de encontrarle un nombre a su nuevo perro, no se ponen de acuerdo, todos opinan, todos tienen el mejor

nombre, pero él va a tomar la decisión, nadie se va a apoderar de su privilegio, ni siquiera la bella princesa. «¡Lo tengo!». A sus hermanos les gusta, pero no a sus padres ni a la bella princesa...: Killer... «¿Estás seguro, hijo?», se sorprende su padre. «Pero si es un perro tan dulce», lo secunda su madre. «Está perfecto», dice uno de sus hermanos sin saber qué significa. «Va a dar miedo», dice la bella princesa. «Es un nombre fuerte, impresionante, como él lo va a ser», los tranquiliza. «El diccionario dice: matador, asesino», lee otro de sus hermanos. «No es un asesino ni lo va a ser», continúa. «¡Esperen!», los interrumpe el nuevo erudito. «*It's a killer*: es muy impresionante», termina de leer. «¡Bingo!», exclama el amo feliz.

Aunque anda entretenido cuidando a Killer, se da sus largas escapadas para pasar el tiempo con sus amigos del barrio. Poco a poco sus nombres van cediendo a sus apodos, si se pudiera poner nota a la creatividad no existirían los jalados en el barrio. ¡Qué tal chispa la de algunos! Cebolla fue el primero en recibir una chapa y nadie se escaparía de una. Pulga, porque era de verdad un enano;

Mañoso, porque se jactaba de sus masturbaciones cotidianas; Caballo Loco, porque relinchaba en vez de hablar y daba vueltas sobre sí mismo mientras fumaba; Pelotas Boy, porque caminaba como si los testículos le pesaran una tonelada; Gato Gordo, porque tenía ojos de gato incrustados en una cara de ruso; Borrego, porque ni en la peluquería podían esquilarle la cabeza tupida; Termita, porque comía como si siempre fuera su última cena; Cuca, porque era tan feo que al nacer el doctor lo lanzó al aire para saber si era un bebé o un murciélago si se iba volando; Loro Gordo, porque tenía la cara de un loro en un cuerpo obeso; Loro Flaco, porque tenía la cara de un loro y parecía que no le daban de comer; Zorrillo, porque sus flatulencias eran capaces de vaciar un cine lleno más rápido que un terremoto; Guasón, porque tenía la boca tan grande como la del personaje de Batman; Manoplita, porque además de chiquito era el único del barrio que se jactaba de andar metiéndole la mano a las empleadas o a las cholitas que a veces se sentaban al lado de un árbol para orinar; Rocón, porque era el más voluminoso y fuerte a varios kilómetros a la

redonda; Roca, porque era el poderoso hermano que le seguía a Rocón, y quedaba en segundo lugar tanto en volumen como en fortaleza; Roquita, porque era el menor de los hermanos rocosos y sería tan fuerte como Rocón si tuvieran el mismo tamaño; Sapolio, porque era el rey de los “sapos”, pero se mudó antes de que alguien lo despachara por ser tan mirón; El Puma, porque se parecía al cantante José Luis Rodríguez, incluyendo la cabellera, pero no cantaba ni el *Happy birthday*; Pichulín, porque era uno de los más altos y parecía un pene gigante al que habían vestido; Sarampión, porque el acné estaba tratando de comérselo vivo; Hocico, porque en vez de cara tenía una enorme nariz donde se escondían los ojos y la boca; Metralleta, porque el pobre sufría de una tartamudez que no tenía cura; Jajá, porque además de ser también tartamudo, se le había quedado una sonrisita paralizada en su cara ebria; Bruce Lee, porque se parecía al verdadero, aunque no tenía ni la correa negra; Carca, porque era tan pecoso que parecía que nunca se lavaba la cara; Baygón, porque la pestilencia de sus pies espantaba hasta a

las cucarachas; Magia Blanca, porque era un mago con las chicas, aunque no tan blanco como el famoso detergente; Tres leches, porque era tres veces más blanco que la leche de cabra; Marrano, porque se divertía tanto como un chanco en su estanque de barro; King Kong, porque era gigantesco, velludo, voluminoso y tenía un gesto que asustaba hasta a los fantasmas.

Con casi todos esos amigos había compartido La escuelita de los monos, las canicas, los trompos, los partidos de canga, fulbito y fútbol, las tardes de ping-pong y fulbito de mano en su casa, las cireadas a las chicas mayores y las innumerables jodidas a los cholos. Pero muy pronto descubrieron una oleada de nuevos “amigos” que invadieron sus territorios sanos, donde el único vicio que tenían eran las pitadas de cigarrillos que compartían en la esquina del cine o en el centro de los parques. A veces eran los mayores del barrio, o los amigos de ellos o los que se iban mudando. Paulatinamente fueron invadidos de “amigos” con chapas raras, costumbres estrafalarias y hábitos importados y adictivos. Entre ellos estaban a quienes les decían

Piticlín, porque fumaba piticlines y aseguraba que eran lo máximo; Troncho, porque muchos lo calificaban como el mejor armador de pitos de marihuana; Barman y Ron-in, una pareja de hermanos que conocían e inventaban un sinfín de maneras de mezclar todo tipo de licores; Hachís, porque se había vuelto un adicto experto a esa droga casi desconocida en la ciudad; Jeringa, porque siempre usaba camisas de manga larga y todos asumían que estaba escondiendo los pinchazos de sus brazos; Leo Set Don, un oriental tan flaco como un fideo que sentía orgullo del apodo que él mismo había escogido porque se jactaba de su adicción al LSD; Platanazo, porque era tan alto como King Kong, pecoso como un plátano, delgado y pálido como esa fruta, pero musculoso y fuerte porque paraba en el gimnasio, haciendo ejercicios sin parar después de atiborrarse el cerebro de cocaína.

Un mañana sucedió lo inevitable: King Kong y Platanazo se enfrentaron en una batalla tan descomunal como ellos, y no por el liderazgo del barrio que ninguno tenía, sino porque ambos estaban enamorados de la gigantesca y linda checoslovaca,

y porque siempre habían querido demostrarles a medio mundo y a ellos mismos quién era el más fuerte. Curiosamente, al principio la bronca no arrojaba sangre a borbotones porque ambos mantenían una distancia prudencial, sabían que un solo golpe de alguno de ellos podía ser mortal. Pero cuando los puñetazos y las patadas salieron despedidos como morteros y bazucas, los huesos de la cara y las costillas empezaron a fracturarse sin misericordia. En ese momento, en el barrio solamente se escuchaban los contundentes golpes; los autos y los microbuses se detuvieron ante la perplejidad de los conductores y pasajeros; los transeúntes se alejaron para no ser alcanzados por las esquiras humanas, y los policías brillaban por su ausencia o por el temor de ser victimados al tratar de imponer el orden. Como la misericordia era lo último en lo que pensaban esos energúmenos, y ante la imposibilidad de que alguno cayera rendido, muerto o despedazado, King Kong se aferró a un poste publicitario que estaba en la esquina del restaurante, frente al cine del barrio, y empezó a zarandearlo con sus portentosos brazos, cada uno

más grueso que el mismo poste, hasta que lo arrancó del suelo cementado. Furioso, inició una gutural e implacable persecución con intenciones de partir en dos a Platanazo o triturarlo. Como a King Kong se le dificultaba caminar con semejante peso entre las manos, Platanazo aprovechó para subirse a un árbol con una facilidad felina, y se colgó de una enorme rama a la que pudo quebrar en pocos segundos. Tras sendos golpes certeros, ambos quedaron inconscientes sobre la acera de la entrada del cine, flotando en un charco sanguinolento que los unía como si fueran hermanos de sangre. De milagro, se recuperaron después de varios meses en un hospital. La checoslovaca regresó a Checoslovaquia porque había quedado espantada y traumatizada. Las diferencias entre ambos continuaron, pero nunca más pasaron de darse gritos desaforados porque había una orden judicial que los tendría a raya hasta que la muerte los separara..., y así fue. No mucho tiempo después, Platanazo falleció de un paro cardíaco mientras se ejercitaba, tal vez porque no sabía que el corazón es un músculo que no resiste la adicción a la

cocaína, y King Kong estableció una modesta compañía de mudanza donde él era el dueño y el único empleado, porque no necesitaba ayudantes para mudar hasta dos casas por día.

En poco tiempo, algo más sucedió. Parecía que muchos habían caído bajo las influencias abismales de esos “amigos”, incluyendo al extracista que se creía indemne ante cualquier influencia que considerara dañina para su salud física y mental. No tardaron mucho en embriagarse antes de ir a las fiestas los viernes y los sábados, en fumar marihuana colombiana (que era tan abundante como el fino papel que arrancaban de la Biblia y que usaban para armar los pitos), en aspirar la mejor cocaína del mundo al mejor precio del mundo, en fumar pasta básica de cocaína sin saber que podía perforarles el cerebro y los pulmones, en sufrir los embates de las malas noches con resacas dolorosas y nauseabundas, en disfrutar menos tiempo con las enamoradas, en dejar de ir a las reuniones de la familia, en esfumar las buenas notas escolares, en dejar de lado a la propia familia y a sus queridas mascotas, en abandonar los pasatiempos y el gimnasio.

Pero no todos eran así. Había quienes tenían una coraza más fuerte que los protegía de esa clase de “amigos” y de sus malignas influencias. «Oye, tú no estás para esas cosas», le dijo el hermano mayor de un amigo que ya no se juntaba con ellos. «Escucha lo que te voy a decir», y le lanzó una retahíla de verdades, de información que desconocía, de consejos enérgicos, pero fraternales. Si había sido capaz de dejar de odiar a los cholos, sería capaz de vencer el abismo que quería engullirlo.

CAPÍTULO VIII
¡QUE VIVA EL AMOR Y AL DIABLO
CON LAS ESTUPIDECES!

Salvo raras excepciones, sus amigas no habían sido contagiadas por esa ola de perdición que había sido arrojada al barrio. La bella princesa que tenía de vecina estaba a muchos años luz de sus influencias. Su madre la cuidaba como si fuera a ocupar el trono que heredaría algún día, y su descomunal padre de proporciones incaicas espantaba a cualquiera que se atreviera a acercársele demasiado... Pero a él lo querían como a su futuro yerno, aun sabiendo que a veces llegaba con el desayuno en la mano después de alguna juerga de fin de semana, y no necesariamente porque lo vieran llegar, sino por el escandaloso recibimiento que le daba Killer cuando lo olía a la distancia, y no porque oliera la mezcolanza de su tufo a licor, comida y bilis vomitada, sino porque reconocía el

humor de su cuerpo que el viento llevaba y que había olfateado y memorizado durante su primer encuentro en Miraflores.

Killer se había convertido en el perro más imponente del barrio, en el más enérgico, en el más dominante. Pero su liderazgo canino fue reconocido oficialmente cuando el pastor alemán reinante le cedió la corona al abdicar una tarde en que se encontraron por enésima vez...: Se apoderan de la esquina del cine, están dispuestos a pelear, tal vez hasta morir, se olfatean, dan vueltas alrededor de sí mismos, Killer lo hace con mayor rapidez, se yergue con su musculatura poderosa, por momentos brinca como si fuera a embestirlo, sus patas son tan veloces como sus pensamientos, da la impresión de que su pelaje estuviera erizado como el de un gato asustado, no le quita la mirada, el otro pastor alemán ya no muestra firmeza, pero sí su adiposidad evidente, no puede mantener sus orejas erguidas, las de Killer parecen estar afiladas mientras apuntan al firmamento soleado, por instantes muestra sus dientes blancos y filudos, su envejecido contrincante saca la lengua, parece que le

teme, no es capaz de enfocar a su joven oponente, baja su mirada ante la de él, se rinde finalmente, claudica sin gruñidos ni ladridos, se va a paso lento por donde vino, Killer orina sobre todas las esquinas, cuando cruza la pista hacia el parque lo primero que hace es buscar las manos de su amo para que lo acaricie, mueve la cola, echa las orejas, cualquiera juraría que sonrío, siente que ha complacido a su dueño, luego se despegaba de su complacencia y orina sobre cuanto árbol se le atraviesa en el camino, está marcando su territorio, el barrio ya tiene un nuevo can emperador y todos los perros lo saben, ninguno se le enfrenta, todos lo respetan, algunos de ellos se le acercan sumisamente, lo lamen, se echan de lomo sobre la acera, otros se orinan de miedo, unos cuantos salen despavoridos metiendo el rabo entre las piernas y estallando en gemidos altisonantes si los rechaza y los persigue, las hembras quedan ansiosas esperando entrar en celo para que las preñe... ¡Qué vida de perros! No era peligroso y de ninguna manera un asesino, pero perdía el control y salivaba como un perro rabioso cuando Cebolla iba a la casa, hasta que un día su

fuerza leonina hizo trizas uno de los ventanales y por poco le perfora una vena yugular del tallo hueco y fusiforme de su amigo..., perdón, del cuello flaco y erguido de su amigo.

Los tentáculos del tabaco, el alcohol y las drogas no alcanzaban a todos los barrios ni a todas las personas de un mismo barrio, porque si hubiera sido así las consecuencias hubieran sido catastróficas, escalofriantes y apocalípticas. Los consejos del hermano de su amigo, a quien recuperó, fueron tan decisivos como el poder de su propia consciencia, apenas necesitó de un empujón definitivo de alguien que hubiera visto lo que sus padres no veían, de alguien que hubiera estado cerca del mundo juvenil del cual sus padres estaban muy alejados. No solamente dejó de experimentar con la marihuana, la cocaína, la pasta básica de cocaína, el abuso de las bebidas alcohólicas y el tabaco, también aprovechó la confianza que le tenían sus amigos del barrio y del colegio para convencerlos de que lo siguieran. Algunos descubrieron, como él lo hizo, que la diversión no necesita de alcohol en la sangre, ni del

humo de la marihuana o del tabaco en los pulmones, ni de la cocaína en el cerebro, ni de pinchazos en los brazos o las piernas, ni de las pastillas que revientan el hígado y la mente. Cambió para siempre las drogas, las malas noches y el abuso del licor y el tabaco por el gimnasio y los deportes, tan importantes como comer, dormir o hacer el amor.

Finalmente, quedó prendado de la exuberante hermosura de la bella princesa que tenía al alcance de su vista y que soñaba con tener al alcance de sus manos, de sus brazos y de sus labios. Él respetaba y quería a su propio padre, pero le importaba un bledo lo que opinara al respecto. No estaban en alguno de los siglos pasados y su padre no tenía el poder de doblegar sus sentimientos. Él ya se había liberado de las mandrineadas con los amigos, su cerebro ya percibía nuevamente los verdaderos placeres de la vida y el placer sublime de la belleza de una mujer. Y allí estaba ella para comprobarlo. «Te invito al cine». «No sé si pueda». «Está bien, les doy permiso, pero regresen tan pronto termine la película, y ni se les ocurra fumar, ya sabes que

mi princesa no fuma». «Te invito a comer helados». «No sé si me dejen». «Vayan, pero a la heladería del frente». «Te invito a pasear a Miraflores». «No me van a dejar». «Solo si van y regresan en taxi, y si nos llaman cada media hora». «Te invito a un quinceañero». «Eso es imposible». «Está bien, pero yo los llevo y los recojo». «Te invito a cenar». «No podría ir, a menos que cenemos en tu casa o en la mía». «Bueno, pero únicamente al chifa de la vecina». «Vamos a montar bicicleta». «Solos, ni hablar». «Pero no vayan muy lejos». «Vamos a la playa». «No dejarían que me veas en ropa de baño». «No se olviden del bloqueador solar». «Vamos a la discoteca». «¡Te volviste loco!». «No es que desconfiemos de ustedes, pero un par de horas nada más, y nosotros los esperaremos afuera». «Te prometo que voy a dejar de fumar». «¿Lo harías por mí?». «Por ti, por mí y por los hijos que vamos a tener». «Debes estar loquito, hay que encerrarte». «Acepto, si me encierran contigo».

Aquella noche, en la discoteca, la tuvo entre sus brazos, bailando suavemente, a veces recostada

sobre su hombro, a veces mirándole los ojos enamorados que buscaban los suyos que también lo estaban, oliendo su perfume cautivador que se mezclaba con su propio olor, sintiendo que ella buscaba el de él, juntando sus cuerpos que el rubor separaba aunque no lo quisieran, agarrándose de las manos cuando la música les daba una tregua que no querían tener, hasta que una sucesión interminable de canciones de Barry White los dejaron flotando en el aire de sus emociones, en el firmamento de un amor que sería eterno, sellados en un beso apasionado incomparable, único, tan exquisito como la sensación que se había apoderado de sus mentes y de sus cuerpos enamorados; así estuvieron durante minutos transformados en días, disfrutando de una ternura monumental, de una pasión que apenas estaba aflorando, de una unidad que nada ni nadie podría separar. Al salir de la discoteca no podían ocultar su amor y nunca lo ocultarían. Los padres de la bella princesa comprendieron que la felicidad de su hija estaba en buenas manos, y él no los iba a defraudar, como no la defraudaría a ella y no se defraudaría a sí mismo. Sus propios padres también

comprendieron que su felicidad no podía depender de prejuicios absurdos y estúpidos, hasta que a su padre se le iluminó el cerebro por obra y gracia de su propia consciencia, y entendió que las estupideces del mundo que lo rodeaba no debían condenarlo a una estupidez crónica, y que la ceguera intelectual que había nublado hasta su propio corazón era innecesaria e injusta no solamente en su mundo limitado, sino también en cualquier parte donde pulsara la inteligencia más elemental. El racismo de su padre había sido doblegado, y no por alguna dama con pollera, ni por la infinidad de cholos que los querían y respetaban y que merecían su estimación y su respeto, sino por la portentosa capacidad del amor de dos seres humanos cuya diferencia radicaba en el sexo con el que nacieron y no en su raza, ni de dónde vinieron ni a dónde iban.

Sus mundos estaban atiborrados de estupideces entonces y siguen estándolo ahora, pero no por eso va a dejarse vencer, no por eso va a dejar de inculcarles a sus hijos, a sus amigos, a sus conocidos y a quienes tengan la voluntad de entender que el mundo no debe ser gobernado ni por los estúpidos

ni por la estupidez, que todos tenemos el derecho de disfrutar del futuro desde ahora, que todos tenemos el derecho de nacer, pero no para vivir sufriendo ni para ser ajenos al sufrimiento de los demás, que todos tenemos el deber de aportar para conocer el gusto de compartir, que todos tenemos la obligación de no hacer a nadie lo que no quisiéramos que hagan con nosotros..., tan simple como eso.

Ahora él está viviendo lo mejor que la vida le puede ofrecer y es algo que también desea compartir. Sabe lo que es amar y ser amado, sabe lo que es vivir una vida plena al lado de la mujer que se ama y de los hijos a quienes se aman. Ya no lo acompañan los Rolles ni los Killers, pero nuevas generaciones caninas han tomado su lugar porque está convencido de que la herencia de una amistad perruna resulta imprescindible en el hogar, incapaz de ser sustituida por ninguna mascota virtual o real.

El amor lo envuelve todo en su propio mundo y quisiera que todos sus mundos se contagiaran de él. El odio y el rencor no están en su vocabulario, ni en su mente ni en su corazón, tampoco en los de los

seres que lo aman, lo estiman y lo respetan. Creció odiando y despreciando, y terminó de crecer sin odiar ni despreciar, ahora se da cuenta de que su consciencia nació limpia, sin prejuicios estúpidos y erróneos; sin saber lo que era un cholo, un negro, un oriental, un blanco, un mestizo o un indio; sin reconocer a un costeño, a un serrano o a un selvático; sin diferenciar a un católico de un protestante, de un judío, de un budista, de un musulmán, de un agnóstico o de un ateo..., tan simple como eso.

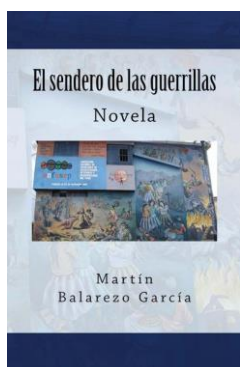
Ahora sabe que nunca debió dudar al tratar de alcanzar a la cholita más hermosa del mundo, a la bella princesa que tocó las puertas de su corazón, que le ha dado la oportunidad de compartir su vida a su lado, porque se hubiera corrido el riesgo de perderla para siempre, de perder no solamente a un sueño de mujer, sino a la mujer de sus sueños.

Ahora puede comprender algo que en algún momento de su vida le resultaba incomprendible...: *«Ahora amo a mi país y también a su gente. ¿Por qué no?»*.

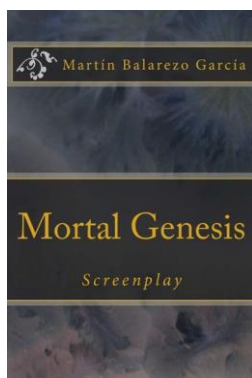
*«Quien inflama el odio y la violencia siempre
es alcanzado por la explosión».*

Martín Balarezo García

OTROS LIBROS DEL AUTOR



Una novela donde la creación literaria se fusiona con la realidad desgarradora, el antagonismo de los sentimientos humanos, la descripción de sucesos impresionantes, y el augurio de un futuro esperanzador.



Génesis mortal

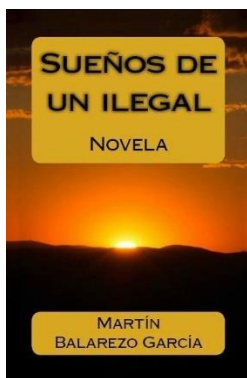
Dos agentes del FBI y un agente de la CIA se unen para detener a una organización neonazi internacional que pretende apoderarse del mundo a través de un virus que matará a miles de millones de personas.



Esta es una obra de fondo filosófico y social donde el autor expresa ideas personales sobre temas de interés universal. Sus ideas han evolucionado y siguen evolucionando, por lo que ya no está de acuerdo con algunas de las que expuso.



Este libro incluye cien relatos, de 350 palabras cada uno, sobre temas variados del acontecer mundial donde hay mensajes positivos tras una lectura entretenida e interesante.



Cuando Diego Hernando decidió emigrar a los Estados Unidos de América, acosado por los guerrilleros terroristas en su país, y deseoso de hacer realidad sus sueños, no imaginó protagonizar una odisea espectacular.